

Maestros Comunitarios

Sostener la posibilidad, un desafío de la escuela pública

Graciela Almirón | Maestra. Inspectora Coordinadora del Programa de Maestros Comunitarios. Programa Infamilia-CEP.

Leticia Folgar | Lic. en Ciencias Antropológicas. Asistente Técnico de la Coordinación del Programa de Maestros Comunitarios.

«Es necesario revisar los discursos que dan sustento a nuestras prácticas. Y revisarlos no significa sólo cambiarlos por otros, sino construir nuevas condiciones de libertad, apropiarnos de lo que pensamos para evitar que la inercia piense por nosotros.»

I. A. Siede, 2007

Maestros Comunitarios nace como una estrategia de programa, para constituirse en una herramienta de política educativa de esta Administración. En consonancia con esto, pensar la escuela a la luz del hacer de estos maestros es una forma más de materializar la igualdad de oportunidades educativas para todos los niños.

Maestros Comunitarios supone entender y compartir algunas premisas que tienen que ver fundamentalmente con lugares, tiempos y relaciones. Hablamos de lugares en el sentido de que Maestros Comunitarios inaugura nuevos espacios en el entramado institucional: el propio Comunitario, los Grupos de Referencia, la Coordinación Técnica con su mirada de universalidad y síntesis. Hablamos de nuevos tiempos que aluden a tiempos pedagógicos concebidos con nuevos ritmos. Aludimos a otras formas de relacionarse de quienes acompañan al niño en la familia y en la escuela. Maestros Comunitarios supone, entonces, posicionarnos ante el niño, su familia y ante nosotros mismos, desde un lugar de posibilidades que necesita de nuevos movimientos y relaciones.

El niño y su familia desde el lugar de la posibilidad

El maestro comunitario llega al hogar, previo haber acordado el encuentro, acuerdo que se realiza generalmente a través del niño, con quien ya se han establecido lazos que han instalado un escenario de confianza. Muchas veces

es el propio niño quien acompaña al maestro hasta su hogar, con quien recorre las calles de su barrio, en una experiencia que refuerza la legitimidad que la figura del maestro tiene para la comunidad.

Este movimiento de salida del aula que realiza el maestro se orienta a abrir lo pedagógico a la familia, y en este sentido resignifica lo educativo. El desafío para el maestro es encontrar, en la familia del niño, un aliado pedagógico y esto supone poder visualizar el hogar como espacio de aprendizaje desde una idea dinámica de las condiciones de educabilidad.

Maestros Comunitarios asume como presupuesto de partida que las situaciones de no aprendizaje pueden obedecer, entre otras causas, tanto a la inadecuación de las estrategias pedagógicas habituales en el marco de la institución escuela como a la dificultad de las familias para acompañar la trayectoria educativa de sus hijos.

La pregunta que el Maestro Comunitario se hace en el trabajo con la familia es: ¿cuáles son esas condiciones de educabilidad aquí y ahora? Esta interrogante como punto de partida requiere ponerse en contacto con los saberes de la familia, y esto implica escuchar y conocer para reconocer entre esos saberes, aquellos que pueden ser validados como punto de partida para la especificidad del trabajo del maestro. En este sentido no se trata solo de respetar la diversidad, sino de incluir las diferencias a la hora de pensar la propuesta educativa.

La pedagogía de proyectos familiares pretende introducir una situación educativa que formaliza el espacio y el tiempo cotidiano, otorgándole especificidad pedagógica a la intervención. Implica el desafío para el Maestro Comunitario de poner en juego los saberes familiares y crear un clima propicio para que se

dé la situación educativa y se desarrollen distintas estrategias vinculadas a la alfabetización. Se trata de andamiar el descubrimiento del niño más allá del aula, frente a la mirada de su familia; de este modo, ese descubrimiento permea los referentes familiares, contribuyendo a hacer sostenible la posibilidad.

Considerar a la familia como posible aliada pedagógica da lugar a buscar reestablecer con ella una cierta calidad de relaciones, sobre la base de que las mismas restauran condiciones para que se dé lo educativo. El trabajo en este sentido está en consonancia con uno de los núcleos conceptuales de Maestros Comunitarios: considerar al niño como sujeto de posibilidad.

La opción de posicionarse frente al otro como un sujeto de posibilidades y no de carencias implica reconstituir la confianza, al tiempo que va generando otros sentidos para y en las instituciones. En ese sentido, recomponer las relaciones con la familia es reconstruir redes de posibilidad que parten del vínculo con el niño, pero que trascienden hacia su entorno familiar.

La escuela, al asumir su responsabilidad como institución de enseñanza, cuenta con Maestros Comunitarios para llevar adelante el permanente desafío de desarrollar estrategias para que todos los niños estén en la escuela y allí suceda el aprendizaje. Este mandato, esencia de la escuela pública, la ha ido desafiando a trascender sus fronteras. Al hacerlo, contribuye a generar condiciones para el desarrollo de procesos de igualdad social, y a fortalecer y profundizar los vínculos con la comunidad, que reposicionan a la escuela pública en su función y su rol de generadora y distribuidora de conocimientos.

La escuela y la posibilidad de transformarse

Para la Coordinación de Maestros Comunitarios es importante preguntarse acerca del desafío que implica que lo que se planifica a nivel macro impacte a nivel micro, es decir, en el ámbito escolar. La escuela es esencialmente el escenario, donde las líneas de política educativa que se plasman a nivel de gestión central tienen su expresión más concreta. En la escuela también se hace política educativa y esto se traduce en la explicitación de objetivos que surgen de su historia, del análisis de su contexto y de la definición de los problemas que tienen su expresión concreta en el Proyecto Institucional.

Una escuela con Maestros Comunitarios es una escuela diferente. Es una institución con tiempos y espacios pedagógicos que trascienden los límites del aula, es una institución que “sale”. Sale en el sentido de moverse del lugar, de salir de donde se está, de poder tomar distancia para ver lo que se está haciendo y, por ende, confirmarlo o modificarlo. Salir debería suponer estar dispuesto a modificar lo que se cree que se va a encontrar.

El Maestro Comunitario, como integrante del colectivo escolar, tiene un tiempo destinado a concretar ese movimiento de salida que se cristaliza en el recorrido por el barrio, el ingreso a los hogares, el encuentro con las redes barriales. Pero también el movimiento es de salida cuando, aun trabajando con los dispositivos grupales en la propia escuela, genera propuestas que instalan espacios de escucha, de reconocimiento del niño y de sus referentes, de reconciliación con las posibilidades de aprender y de vincularse con otros.

Este movimiento de salida implica, además, un movimiento de retorno a lo institucional, que resulta imprescindible a la hora de pensar las transformaciones en la escuela. Ser Maestro Comunitario requiere tener la capacidad de devolver a la escuela, preguntas que cuestionen certezas. La posibilidad de recoger y recuperar imágenes, testimonios y vivencias, en tanto aportes a la generación de mejores escenarios para que el niño transite su escolaridad, forma parte de un “deber ser” que hace a la configuración del perfil del Maestro Comunitario. Pensando en una ética del Maestro Comunitario este es un aspecto que no podemos omitir.

Creemos que pensar la escuela desde Maestros Comunitarios no es pensar una “escuela para pobres”, sino que el “hacer escuela” del que tan frecuentemente hablamos es un hacer universal que debería permear las prácticas de cualquier escuela, más allá de las particularidades de los niños, sus familias y del contexto socioeconómico y cultural en el que los mismos se encuentren. Trabajar en alianza pedagógica con las familias, creer que todo niño es un sujeto de posibilidades, ser docentes capaces de mirar nuestras prácticas para transformarlas, es tener una mirada profesional y responsable como educadores de estos tiempos. Es también, pero solo si la escuela quiere hacerlo, la posibilidad de transformarse. 